

trajo el genio. La locura lo atenazó en sus garras. Y cuando, desde el fondo oscuro de sus celos, los pobres ojos de Vicente Van Gogh veían la riente campiña arlesiana, en sus momentos de lucidez genial, su alma se extasiaba en la armonía de aquellos campos tantas veces llevados a las telas. Sus últimas palabras hablan de amarillo, de amarillo siempre, de proyectos de nuevas telas, de anhelos insatisfechos, de rojos, de azules y violetas.

Después de esto el pistoletazo final y la extinción de una vida que se entregó y se consumió en el arte.

<https://doi.org/10.29393/At238-52EGAR10052>

Exposición Guzmán Valenzuela

Empieza la temporada de exposiciones con una muy mediocre exhibición de pintura al óleo, en la Sala del Banco de Chile.

Benjamín Guzmán Valenzuela expone unas obras de temática paisajista y algunas naturalezas y flores, sin que podamos ver en ellas ningún atisbo revelador de futuras excelencias.

La pintura del señor Guzmán fluctúa entre un naturalismo de muy cortos alcances y un cromatismo mesurado y de cierta finura tonal. En realidad el pintor no interpreta la naturaleza: apenas se limita a darnos una imagen ajustada en exceso a un formalismo inmediato, carente de fantasía y sin que la sensibilidad lleve a sus telas un sello estético de largo aliento.

El señor Valenzuela, que huye honradamente de cualquier recurso extrapictórico y cuya actitud de noble sumisión a los procedimientos estereotipados quita vuelo a su pintura, está dentro del grupo de paisajistas chilenos que se ha dado en llamar epígono del maestro Valenzuela Llanos.

¿Es superior o inferior a la tónica general del grupo coetáneo?

Si hubiéramos de incurrir en una respuesta categórica a esa pregunta nosotros diríamos que Benjamín Guzmán Valen-

zuela tiene sobre los pintores de su escuela una ventaja indudable: cierta audacia de colorido y cierto buen gusto indudable. Su cromatismo, si carece de unidad y de ensambladura tonal tiene la ventaja de ser limpio. Ciertos amarillos revelan excelente gusto. La armonía total es a veces afortunada. Otra ventaja del pintor que comentamos es que no ha llegado todavía al amaneramiento acromado que es característico de los pintores citados.

También posee el señor Guzmán Valenzuela grises muy finos.

Ahora bien, los defectos de su pintura resaltan demasiado ostensiblemente para que los eludamos. Su dibujo imperfecto no pone en la tela la necesaria firmeza tectónica que haga de las telas una férrea armazón constructivista. Tenemos así que el pintor—como tantos otros que exponen en esta sala—aparece desorientado. Porque, contra lo que pudiera creerse, sus obras no son impresionistas. Si bien no poseen ese rigor arquitectónico que tampoco tenían las telas de los maestros del impresionismo, están ellas carentes, a su vez, del sentido atmosférico y del deseo de captar el luminismo que diluye las formas. El pintor trata a veces con cierta fortuna los medios tonos, conservando siempre su color esa pureza que hemos señalado más arriba. Pero hay excesiva dureza en todo esto.

Falta también calidad plástica a su pintura. A veces una montaña que está demasiado próxima al espectador aparece, en un día luminoso y seco—a juzgar por el cromatismo ambiente—con calidades algodonosas. Algunos cuadros de flores son demasiado ingenuos y recuerdan con exceso esas telas trazadas por algunas damas obstinadas en dilapidar su tiempo en el ejercicio de la pintura.

Todo esto sería cosa muy lamentable si el artista de quien nos ocupamos manifestara ciertas virtudes internas para entregarse al arte.

La pintura es cosa mental, según la conocida frase de Leo-

nardo. Se ha dicho a su vez del impresionismo que es una pintura sin pensamiento.

A pesar de tan contradictorias afirmaciones, podemos decir que las dos completan en realidad el ancho panorama de las artes figurativas. Porque, o bien la pintura es una huída hacia el mundo externo de las formas, o es la eclosión de nuestras angustias y de nuestros anhelos más íntimos.

El señor Guzmán Valenzuela muéstrase insensible al mundo de sugerencias que le cantan las cosas. Trata a lo más de ser un pulcro artesano a quien nada dice el mundo superior de las formas. Su espíritu no vibra al unísono del espíritu palpitante del universo plástico.

Y si él no vibra, ¿cómo pretender que lo hagamos nosotros mediante el mecanismo de una obra fría por la cual resbalan las sensaciones y la emoción?

ANTONIO R. ROMERA.